

Sobre *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez: el *ritornello* de la enfermedad

Santiago Andrés Gómez / Universidad de Antioquia

El centro de todas las miradas

En el periplo de Simón Bolívar, personaje protagonista de la novela *El general en su laberinto* (1989), de Gabriel García Márquez, el relato insiste en un movimiento perfectamente identificable con el concepto de *ritornello*. Esta palabra, *ritornello* (cuyo manejo en este artículo, conviene advertirlo, no tiene que ver con el uso que de ella hacen Deleuze y Guattari en *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* [1994]), es la designación convencional de una serie de tropos musicales y poéticos consistentes, en general, en la repetición recurrente de un motivo, con fines frecuentemente incitantes, de involucramiento en una atmósfera un tanto hechizada (Apel 1950; Rutherford-Johnson et al. 2017). El *ritornello* se constituye en toda una lógica con que la novela de García Márquez concibe el estado de declive físico y moral del gran héroe, y da pie a una serie de revelaciones a las que él accede y que la novela hace suyas como una declaración. El propósito de este artículo es delinear el modo en que el autor maneja esta figura y el sentido que ella le da a la novela, un sentido que no ha sido del todo bien asimilado. Para ello, esbozaremos primero el contexto en el que surgió *El general en su laberinto*. Luego repasaremos las lecturas comunes sobre el libro, como exaltación o desmitificación de Bolívar, y consideraremos algunas interpretaciones más complejas, que atienden a la mixtura que hay en la novela entre ambas posturas.

Durante los años ochenta, aun antes de recibir el Premio Nobel de Literatura y sobre todo a partir de la entrega del galardón en 1982, Gabriel García Márquez era un mediador entre políticos de toda América y una especie de consejero de estado honorario en diversos frentes. Gerald Martin nos cuenta en su biografía del escritor lo siguiente sobre el periodo inmediatamente posterior al Nobel:

Su enorme celebridad no había dejado de aumentar desde que se convirtiera en una especie de presidente errante [...] Anunció a la prensa que se tomaba una temporada sabática, pero era evidente que también acariciaba la esperanza de poder utilizar su nueva capacidad de injerencia para mediar de manera más efectiva entre sus nuevos aliados presidenciales. (Martin 2009, 490-491)

Ahora bien, esas altas amistades—que se extendían a Europa por las buenas relaciones con el presidente de Francia,

François Mitterrand, y el presidente de gobierno en España, Felipe González—comprendían en Colombia la amistad con el conservador Belisario Betancur y en Cuba (desde luego, como ya es bien sabido) con Fidel Castro. Todo ello hacía que García Márquez tuviera una situación enormemente privilegiada y a la vez sumamente complicada. En una conversación con el propio Martin, muchos años después, el novelista le contaría:

—[...] he pasado algunos momentos muy oscuros en mi vida.

—¿Cuándo, antes de Cien años de soledad?

—No, en los años después del Nobel. Muchas veces pensé que me iba a morir; había algo ahí, en el fondo, algo oscuro, algo debajo de la superficie de las cosas. (Martin 2009, 513)

Esta acechancia de la oscuridad se ve reflejada al final de la contemporánea novela *El general en su laberinto* en un apartado llamado “Gratitudes” en que considera a su libérrima y muy personal creación un libro dominado por el horror. Sin duda, ese horror del que habla era el suyo, y el sentimiento parece haberlo dominado durante todos esos tiempos, pero, desde luego, no sin razones. En una entrevista con *Excelsior*, en julio de 1986, ocho meses después de la tragedia del Palacio de Justicia, Gabo diría que Colombia estaba “al borde del holocausto” (2009, 515). Poco después, durante el Festival de Cine de Moscú, al que Gabo asiste como invitado de honor, el Nobel conversa con el popular líder de la Unión Soviética Mijaíl Gorbachov en el Kremlin, y a pesar de confesar su admiración por las reformas radicales que este viene adelantando en su país, la capital del comunismo mundial (*glasnot* y *perestroika* son grandes palabras, dice el escritor [2009, 527]), también en *Excelsior*, el 21 de julio de 1987, contará que le había dicho a Gorbachov que le inquietaba que algunos políticos se aprovecharan de sus buenas intenciones. Martin comenta: “es de suponer que se refería a Reagan, Thatcher, el papa Juan Pablo II” (Martin 2009, 527).

Es en medio de este contexto cuando se escribe y se publica *El general en su laberinto*. El mundo está cambiando a pasos agigantados, el comunismo y, sobre todo, la validez de su discurso se desmoronan en términos efectivos, y esto compromete acusadamente el destino de Colombia y América Latina. En nuestro país, faltaba poco para que el M-19

entregara al fin las armas y se integrara a la vida política, pero al mismo tiempo, en 1987, se forma una dirección guerrillera que reúne a los demás grupos insurgentes y adopta el nombre de Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. García Márquez escribe su novela histórica sobre el llamado Libertador no solo por el atractivo humano y estético que ejerce sobre el escritor la grandeza eclipsada del héroe al borde de la muerte, sino en últimas para dar una lección política. Si atendemos al libro y a las palabras de Gabo por esos días, percibiremos que su proyecto es, de modo evidente, pedagógico, y con toda seguridad el deseo revisionista que entraña era validado, entre otras cosas, por los efectos que ya una novela como *Cien años de soledad* había producido en la sociedad. Recordemos las palabras del historiador Nicolás Pernet:

[t]ras la publicación de *Cien años de soledad* en 1967 [...] el episodio de la huelga y la masacre de las bananeras salió de un mutismo de décadas y se convirtió en un tema de interés para nuevos investigadores. Hoy tenemos una visión mucho más clara de la historia bananera de nuestro país en gran parte gracias al impulso que le dio a la investigación la inolvidable novela de García Márquez. (Pernet, 2014, 63)

Pero, ¿tuvo *El general en su laberinto* una repercusión semejante a la de su relato sobre el paso de la United Fruit Company, a inicios del siglo xx, por el Magdalena? Sabemos que no, pero tal vez debamos añadir: por el momento. Importante es tratar todavía de seguir descifrando exactamente lo que Gabo nos quiso decir a todos los colombianos y el modo en el que lo dijo. A nuestro modo de ver, las visiones más arraigadas sobre esta novela se engañan al hacer énfasis en posturas opuestas, pues en el fondo la verdad es más conciliadora. Hay que reconocer que desde muy temprano, como ya en el caso de la primera reseña del libro, hecha por Alfonso López Michelsen (1989), presidente de Colombia entre 1974 y 1978 y gran amigo de García Márquez, hubo una suerte de exculpación ideológica del libro según el argumento de la libertad del artista, pero así como esta visión era débil e insular frente a la más común vehemencia de los polemistas, también resultaba, de algún modo, un tanto condescendiente frente a un asunto ciertamente delicado. En cambio, resulta evidente que *El general en su laberinto* es, más que una libre creación, una toma de postura política con serias implicaciones. Para la crítica en general, o bien se trata de un homenaje excesivo al Libertador, como emblemáticamente lo quiso entender el periódico *El Tiempo* en su editorial del 19 de marzo de 1989, representando este medio la posición más conservadora de muchos historiadores e intelectuales tradicionales, o bien se piensa que es una desacralización del héroe, bien sea esta fascinada o cuestionadora. Enrique de Gandía, por ejemplo, dice que el Bolívar de Gabo es “una parodia” (2014, 295), pero no tanto del personaje como del mito. Por su parte, Roberto González Echevarría habla en el mismo sentido de “una profanación” (2014, 319) y afirma:

“García Márquez no ha dejado de pagar por tamaño atrevimiento, provocando la ira de bolivarianos en todo el Continente, que han escrito airadas cartas denunciando los errores históricos de la novela” (2014, 318).

Sin embargo, ha habido miradas que combinan con lucidez la interpretación del texto como homenaje y al mismo tiempo como desmitificación, aunque de todos modos suelen ver a la novela como una exaltación elegiaca a Bolívar o a sus sueños de unidad continental. Pablo Montoya dice, por ejemplo:

La novela nunca pone en duda este heroísmo a pesar de insistirse siempre en las honduras de su desfallecimiento. Para su narrador, el supremo encanto de la vida del general es su fracaso; recalca siempre en los “años de guerras inútiles y desengaños del poder” vividos por el Libertador [...]. García Márquez no ignora que lo más suculento del fracaso es la visión heroica que de allí se desprende. A cada momento, y en esto consiste la voluntad laudatoria del autor, Bolívar surgirá impetuoso, rápido, magnánimo, arrojado, sabio [...]. Y en esos “escrutinios del pasado”, que construyen una buena parte de la novela, no se vacila en aumentar las dimensiones del héroe. (2009, 14)

De tal modo que, en un sentido profundo, García Márquez habría desmitificado al héroe para engrandecer al ser humano, y no propiamente con la intención de crear un nuevo mito, o no al menos uno delineado al modo tradicional, sino una nueva imagen, más veraz y, al mismo tiempo, persuasiva. Mientras tanto, De Gandía señala (indicamos entre corchetes una evidente errata del texto original):

El libro de García Márquez nos muestra a Bolívar luchando hasta los últimos instantes de su vida por la reconstrucción de la América despedazada. Estaba semi agónico, a un paso de la muerte, y tenía la esperanza de que sus generales, dirigidos por él, hicieran el milagro de salvar la unidad de América. Pobre iluso, pobre soñador con una idea que los federalistas hacían imposible. Concebía planes. Su estrategia era perfecta. Lo que no lo era, era la ambición de quienes [no] se resignaban a abandonar sus aspiraciones presidenciales, de ser unos Bolívares menores, unos presidentes de países deshechos por la guerra de la independencia que más parecían inmensos cementerios que nuevas naciones. (De Gandía, 2014, 308)

Aunque en esta cita se ve a De Gandía, más que crédito, del todo plegado a un sentido demasiado literal del libro (o digamos, confiado a un primer nivel de lectura y, sobre todo, a la voz de Bolívar en el relato), estos últimos comentarios no se equivocan por cuanto sugieren o dejan ver una estrategia de García Márquez tanto en sentido formal como político. Bolívar sigue siendo un héroe, aunque abatido: es

un incomprendido. ¿Pero tenía razón este líder, y aun más, comparten el narrador del relato y el autor del libro la visión de Bolívar, el personaje? El propio personaje central de la novela no parece siempre muy convencido; mucho menos el narrador. En este sentido, Montoya afirma:

la pretensión de la novela es hacer creer que el fracaso de Bolívar debe verse como una consecuencia de su honradez sin tacha, de su desprendimiento ejemplar, de su generosidad y su buena voluntad [...] no por el inevitable sino de violencia y caos que han forjado las estructuras políticas, económicas y culturales de la reciente independencia, sino porque en los intrínquilos de la revolución se interponen una serie de personajes oscuros o de situaciones morbosas que impiden el logro de la unidad y la libertad por las armas. (2009, 15)

Y el crítico es sagaz al afirmar que “sería ingenuo concluir que este Bolívar es el indicado para comprender mejor una época turbia, plagada de masacres, desplazamientos colectivos y miserias sin fin en las cuales no está exenta la responsabilidad del Libertador” (Montoya 2009, 15). Por su parte, Michael Wood en el texto “After the End. Bolívar in the Labyrinth of History,” subraya una preferencia del narrador por la ambigüedad y la ironía: “The narrator loves these ambiguities about the general’s intentions and declarations”, “a gap between event and representation [...] is precisely what keeps happening in the novel” (Wood 2016, 117, 123), y advierte consecuentemente que una crítica a Bolívar en esta novela sería “a matter not of finding fault with a great man, but of understanding the intricate composition of his greatness” (123), pues según Wood:

for García Márquez the mortal, dying Bolívar of the last months of his life, indeed the Bolívar who made himself into a hero from his early days, and the mythical Bolívar of the countless statues and the long history of celebration are not different persons. They are a single, complicated figure; there is no transition that will take us from the literal life to the legend. (2016, 122)

Así, como una continuidad de la vida y de la leyenda habría que entender a la novela misma, siendo esto una de sus claves. Pero hay algo más. Al fin, como un colofón, el libro apunta con sutileza, y es lo que pretendemos demostrar, hacia una idea más conciliadora, que acaso orientaría las posteriores acciones públicas de su autor, previstas por lo que Martin consideraba ya como una reconciliación de García Márquez con la burguesía dirigente colombiana desde los tiempos de *El amor en los tiempos del cólera* (1985):

Entre las diversas reconciliaciones de este autor que cosechaba ya un éxito deslumbrante al acercarse al final de la madurez, se da también la reconciliación,

por paródica y posmoderna que sea, con la propia novela burguesa, e incluso, por irónica y crítica que pueda considerarse, con la burguesía dirigente colombiana. (Martin 2009, 508)

El laberinto del general: ¿el ideal para su gloria?

El general en su laberinto es una construcción sesuda, una elaboración retórica de la historia con fines políticos que se enmarca en una tradición literaria decimonónica que también es la de la novela histórica tradicional según la define Lukács (1966), y que si no tuvo la funcionalidad esperada en la nación quizás es porque, justamente, nuestra nación no existía ni ha existido jamás en los términos ideales en que hemos querido creer que sí existe. Cuando, en la novela de García Márquez, Bolívar dice: “Cada colombiano es un país enemigo” (García Márquez 1989, 240) o “Todas las ideas que se les ocurren a los colombianos son para dividir” (251), el autor está anticipando de algún modo no solo las rencillas a las que él se verá enfrentado por su novela, sino también su propia reacción airada frente a ellas (Martin 2009). De hecho, así el autor, por boca de su personaje, desmiente también la idea, tan chauvinista, y tan remarcada en el libro, de que los cachacos (los habitantes del interior del país) son los culpables de la división. Al fin y al cabo, la misma novela trata la vieja rivalidad entre Santa Marta y Cartagena (dos importantes ciudades costeñas) que surge a partir del argumento de la influencia de la iglesia por medio del obispo Estévez. Es decir, gracias a la inteligencia de la narración, ni García Márquez el autor, ni Bolívar como personaje, quedan eximidos de la acusación según la cual “cada colombiano es un país enemigo” y la siniestra posibilidad de que incluso una idea de unión al final desuna está más que en el aire: es la base del texto. En cualquier caso, la nación dividida es el supuesto de *El general en su laberinto*, su tema y, como ya lo hemos visto, el contexto mismo en que aparece: su sustrato.

Con respecto al Libertador, la idea central está dada bajo las coordenadas del epígrafe y el título de la novela. Recordemos que García Márquez extrae una frase de la prolija correspondencia de Bolívar para usarla como el paratexto que dominará con su gravitación inicial a todo el libro: “Parece que el demonio dirige las cosas de mi vida” (García Márquez 1989, 9). Y es que en la historia que nos cuenta *El general en su laberinto* la intención del general es apartarse del poder o, cuando menos, esta es su mayor insistencia. Las dudas que cualquiera pueda albergar al respecto no alcanzan a poner en entredicho lo que al menos sí parece una estrategia sincera para convencer a sus opositores de la conveniencia de la unidad panamericana. A uno de sus principales adeptos, el general Mariano Montilla, intendente general y comandante militar de la provincia de Cartagena, le dice “no quiero ser protagonista de nada” (154); y luego, al mismo Montilla, “conmigo pierden el tiempo” (179), cuando aquel pretende que el general vuelva a las lides guerreras en contra de los santanderistas. Pero nadie le cree a Bolívar, como se señala

reiteradamente, y el centro de todo el drama lo expresa el propio general de este modo: “Mientras yo pierdo mi tiempo predicando la unión, estos sietemesinos me acusan de conspirador” (149), al quejarse de las insidias al respecto de la prensa fiel a Santander.

Aquí tal vez conviene recordar un fragmento del epígrafe de *El pez en el agua* (1993), la autobiografía de Mario Vargas Llosa, una frase de Max Weber que pareciera y en verdad termina por ser una respuesta al epígrafe de *El general en su laberinto*:

quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el poder y la violencia, ha sellado un pacto con el diablo, de tal modo que ya no es cierto que en su actividad lo bueno solo produzca el bien y lo malo el mal. (1993, 7)

Todo lo que el general hace en procura de su ideal termina volviéndose en su contra. No olvidemos que las mismas argucias de una prensa mentirosa por las que él se queja en ese fragmento citado inmediatamente arriba fueron empleadas por él: “Tuvimos un buen maestro, Excelencia”, le ha dicho Santander y Bolívar le responde: “Un mal maestro [...] pues usted recordará que las noticias que inventamos se volvieron contra nosotros” (García Márquez 1989, 119). Si en este pasaje ya se aprecia la esporádica aunque significativa consciencia que en el libro tiene Simón Bolívar de sus propios errores, el mensaje político del general en el relato resulta más claro: él desplaza sus intereses personales en pro de la unidad. Pero si este ideal de la unidad es un ideal personal, tal es la tragedia, “lo diabólico” en los términos en que Vargas Llosa cita a Weber: todos le cobrarán la idea de unidad a Bolívar como si fuera un pretexto para su gloria. Para Wood se formularía de esta manera: “where could he have gone that would not be entirely defined by where and what he had been?” (Wood 118).

Como también lo ha expresado González Echeverría, no es otro el laberinto del general, “la aventura no puede ser dicha por primera vez sino siempre ya como parte de una ficción de la que el héroe no tiene escapatoria” (2014, 323), y más adelante, ofreciendo la explicación de unas palabras de Sucre: “la libertad se ha generalizado tanto que ha ido demasiado lejos, llegando a un punto donde no hay unidad concebible salvo como coerción, y donde no hay orden posible salvo traicionando la libertad” (326).

Este conflicto hace que Bolívar parezca a ojos ajenos todo lo contrario al liberal que él quisiera ser y, en efecto, él más tarde se arrepentirá de muchas decisiones autoritarias tomadas, a las que solo disculparía la intención original, pues según dice: “todo lo he hecho con la sola mira de que este continente sea un país independiente y único, y en eso no he tenido ni una contradicción ni una sola duda” (García Márquez 1989, 205).

Justamente, de tal laberinto Bolívar no tiene como escapar, pues al mismo tiempo su voluntad militar es pertinaz: “lo más urgente es reunificar el país por las armas” (204), dice en un momento dado, pues como explica el narrador a continuación apropiándose de la voz de Bolívar en el estilo libre indirecto:

[l]as oligarquías de cada país, que en la Nueva Granada estaban representadas por los santanderistas, y por el mismo Santander, habían declarado la guerra a muerte contra la idea de integridad, porque era contraria a los privilegios locales de las grandes familias. (204)

Como resulta característico en esta frase, el narrador de *El general en su laberinto* simplemente juega con astucia a lo largo de toda la novela a hacer suya, de modo impersonal y casi imperceptible, la hipotética voz subjetiva de un Simón Bolívar histórico que, como ya se ha dicho mucho, suele ser y demasiado ha sido en la realidad bandera de las ideologías más opuestas. Así el texto da la sensación (o genera la sugestión) de que está respetando a un ser exterior, que hubiera sido realidad más allá de toda argucia literaria, y sin ninguna necesidad narrativa de acudir a contrapesos o a la otra visión personal de sus antagonistas. Con todo, más allá de la exactitud histórica de una visión ciertamente acomodaticia, lo más importante es advertir la lógica general, más amplia, con la que la novela nos quiere llevar estéticamente hacia la noción de que en ese laberinto de la idea y la acción moriremos y que, por ello, la voluntad más noble, o ideal, termina por ser la de conciliar. Y aquí es donde entra a jugar el tropo del *ritornello*.

Desde la primera página, cuando flota en el agua de una bañera como muerto y sale de ella, sin embargo, con “un ímpetu de delfín” (García Márquez 1989, 11), el general hace una serie de bucles, repite una y otra vez un mismo patrón: va del abandono moral y la miseria corporal a la acción y el mando, para volver súbitamente al abatimiento y salir de nuevo de él una vez más. Esto obra el efecto de un estribillo hipnótico, que no solo permite profundas analepsis como lo han visto Montoya (2009) y González Echeverría (2014). Todo el viaje final de Bolívar es una experiencia de remembranza y además se intensifica con un fin persuasivo que ya revisaremos, como si por medio de los bucles se penetrase a lo largo de una espiral cada vez más cerrada en el absurdo, en la vanidad del poder y de la gloria. Al final de dicha espiral inexorable se hallará, simplemente, la muerte, la derrota absoluta, que comporta, no obstante, un hallazgo y una paz definitivos.

El libro es, en este sentido, dos libros, pues al final de tales recaídas hay ciertas epifanías, siendo la mayor la cesura de la mitad de la novela: la reflexión, justo antes de terminar el viaje por el río Magdalena, acerca del cariaquito morado, una flor que, según ha oído el general varias veces en la vida, y tal como se lo recuerda entonces uno de sus acompañantes, conjuraría la mala suerte. Recordemos que Martín,

especialmente, evocando un poema medieval del español Jorge Manrique, interpreta el viaje de Bolívar por el río Magdalena hacia el mar como un viaje metafórico a la muerte, aunque el biógrafo oficial de Gabo no es el único en hacer esa asociación metafórica. La propia novela nos presenta en sus preámbulos a un Bolívar sentado al borde de un río cercano a la casa donde se hospeda en Fucha, “absorto en los rumbos del agua que alguna vez comparó con el destino de los hombres,” y el narrador subraya: “en un símil retórico muy propio de su maestro de la juventud, don Simón Rodríguez” (García Márquez 1989, 33). El río y las estaciones del viaje a lo largo de él sirven para evocar desde el territorio mismo la experiencia del Libertador, de una manera orgánica y verídica, mientras que cuando desembarquen en Turbaco, justo en la mitad del libro, la acción concreta reincidirá un poco más gracias al golpe de estado de Urdaneta, que motiva una nueva ilusión revolucionaria.

Pues bien, un poco antes de llegar allí, a Turbaco, Bolívar, el Bolívar racionalista que hemos conocido, que se burla de toda superstición, admite que quizá debería “sumergirse hasta el fondo con sus ejércitos de pordioseros, sus glorias inservibles, sus errores memorables, la patria entera, en un océano redentor de cariaquito morado” (García Márquez 1989, 136-137), justo después de un largo y sensible alegato contra el eurocentrismo de un francés decadente en el pueblo perdido de Zambrano.

El *ritornello* o el detalle clave: “más valía un mal acuerdo que mil pleitos ganados”

El discurso emana clara y limpiamente de la trama. De nada han servido la revolución, la Ilustración europea o las armas. Lo más conveniente acaso sería abandonar por un momento la ilusión de poder dominar el destino y más bien entregarse a una redención paliativa en manos de la naturaleza. Al fin y al cabo, es un colaborador del botánico preindependentista Humboldt, es un médico, el doctor Aimé Bonpland, “quien le habló con una peligrosa seriedad científica de esas flores virtuosas” (García Márquez 1989, 135). Es decir, las virtudes de nuestro territorio aún están por ser reconocidas por quienes participaron en la liberación política del mismo. Dichas virtudes incitan a un abandono fervoroso, más allá de la razón, una vez vista la debacle a la que llevan la acción militar y la confianza maniática en esa razón. Tan pronto sucede esto, el general advierte que está llegando a ese su destino, que está saliendo de su América y está enfrentándose a la muerte. “¡Dios de los pobres!”, suspiró el general. ‘Estamos llegando’. Y así era. Pues ahí estaba el mar, y del otro lado del mar estaba el mundo” (García Márquez 1989, 137). Y claro que cabe leer, en donde dice mar, la muerte, y en donde dice “el mundo”, la historia, o sea, su propia y definitiva trascendencia, lo que deja su vida.

Esta forma de epifanía tiene una resolución más determinante, menos simbólica, al final del libro. La revelación

entonces consiste, simplemente, en que “la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final.” Aquí el *ritornello* especial de la obra, es decir, la secuencia que vuelve al valle de la dejadez y la enfermedad luego de ascender a la cima de la euforia y la voluntad para iniciar de nuevo el ciclo con fines narrativos y de pedagogía política, no es tan explícito para poder darnos su mensaje de modo apodíctico en un final de moraleja. En el ejemplo anterior, al final del viaje por el río, era apropiado que el paso de una mitad a otra del libro fuera establecido de modo simultáneo al de un descubrimiento cognitivo central. Sin embargo, en el punto postrero de la novela no hay otro descubrimiento que el cuerpo y la fisonomía del entorno exentos de otra cualidad que su intensidad física, como en una iluminación que encandila: esa descripción minuciosa del último aposento y “los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse” (García Márquez 1989, 267). Al fin, entonces, el modo en que salimos del libro es en el descenso, cruzando el valle del *ritornello*: ya el valle de la muerte, en lugar de la cima de la lucidez en que concluía la primera mitad de la novela.

En cambio, las reflexiones y experiencias que preceden a ese final sí tienen una función más conceptual y programática. Al desembarcar en Turbaco, o sea, al iniciar la segunda mitad de *El general en su laberinto*, Bolívar está deshecho físicamente y quienes lo reciben con ansiedad y aun ánimos de una renovada beligerancia suya se sorprenden. No obstante, a partir de entonces, los altibajos del *ritornello* se harán más agudos. Menton ha discriminado siete hilos horizontales en la trama que atraviesan los ocho capítulos del escrito de manera alterna. La pauta de esta alternancia, perceptible en el *ritornello* de la enfermedad, no es del todo regular, y haría falta un estudio más pormenorizado para precisar su cadencia aproximada. Lo cierto es que su gran eficacia narrativa reside en un ritmo natural, o sea, precedido por una realidad biológica, que favorece en las últimas páginas de la novela el tránsito sucesivo de la agonía a la grandeza moral e incluso intelectual del Libertador. Y esa grandeza moral se caracteriza, sobre todo, por la interpretación crítica que Bolívar hace de su propia experiencia.

El narrador, siempre apegado a la percepción de su personaje central, no duda en hablar en numerosas ocasiones de un Bolívar así de afectuoso y compasivo como vanidoso con las mujeres, susceptible ante los comentarios y rencoroso con quienes le fallan, además de contradictorio en sus afectos (como cuando dice, pese a negarlo después, que quien fuera su edecán es “un truchimán” o fanfarrón [García Márquez 1989, 71-72]). Esa descripción objetiva contagia válidamente el examen también implacable que Bolívar se hace a sí mismo. Ambas visiones (la del narrador y la del personaje) están perfectamente emparentadas por la vocería abstracta que el primero hace, como si fuera una conciencia interior desapegada del segundo. A partir de cierto momento, Bolívar ya se muestra menos orgulloso que arrepentido e incluso con

una autoridad moral inapelable para desaconsejar su proceder legendario, para desmoralizar a sus fieles. Veamos algunos ejemplos de ese arrepentimiento.

“¡Por fin, algo que sigue igual!” (García Márquez 1989, 113), exclama el revolucionario al llegar a su hospedaje de Mompos: una habitación esbozada exactamente igual que la habitación donde morirá, con el mismo reloj octogonal de números romanos detenido a la hora puntual en la que Bolívar habrá de morir (una y siete), como si el personaje arribara o previera la verdad definitiva de sus días. Después, en Turbaco, a sus principales seguidores en la costa norte les dirá: “Las insurrecciones son como las olas del mar, que se suceden unas a otras,” y añadirá asombrosamente: “Por eso no me han gustado nunca [...] Cómo será, que en estos días estoy deplorando hasta la que hicimos contra los españoles” (García Márquez 1989, 148). Luego hay ya muestras de un arrepentimiento más enraizado en hechos que en pensamientos, más motivado por la realidad práctica de la política. “Si de veras Urdaneta quiere arreglar el mundo, que se arregle con Páez y vuelva a repetir la historia de los últimos quince años” (García Márquez 1989, 178), le dice a Montilla con más cansancio e ironía que convicción. Cuando todo parece derrumbarse realmente para su sueño panamericanista, dado que la nueva conspiración que Bolívar ha comenzado a tejer desde Cartagena se desvanece, le confesará a su médico de turno: “Por eso le advertí a Santander que lo bueno que hiciéramos por la nación no serviría de nada si aceptábamos la deuda [con los ingleses], porque seguiríamos pagando réditos por los siglos de los siglos. Ahora lo vemos claro: la deuda terminará derrotándonos” (García Márquez 1989, 222).

Ya para ese momento el ámbito de la hamaca reemplaza al del río como lugar de meditación, según aprecia su sirviente, para revisar en la memoria “hasta los instantes más ínfimos de su vida pasada” (García Márquez 1989, 226), y “[e]n uno de esos escrutinios del pasado, perdido en la lluvia, triste de esperar sin saber qué ni a quién”, el general “toca fondo” (García Márquez 1989, 228): llora dormido; pero esto es solo una conmovedora preparación para el envión final, que tan inadvertido ha pasado. Es decir, así termina el capítulo séptimo, el previo a la conclusión. Bolívar, al despertar de su llanto onírico, no se arrepiente de lo que más le dolió (mandar a fusilar al general Manuel Piar) y afirma que volvería a hacerlo, pero no se muestra tan orgulloso en el último capítulo, que se inaugura con el paso de Bolívar por la Barranca de San Nicolás, la futura Barranquilla. En casa de sus huéspedes, pasando por “una de sus escasas crisis de arrepentimiento” (un detalle que agudiza o intensifica el retrato minucioso que se ha hecho de Bolívar, tal como lo hemos visto), “los sorprendió con la sentencia de que más valía un buen acuerdo que mil pleitos ganados.” El dueño de casa le pregunta si esto aplica también en política y Bolívar dice que “sobre todo en política” añadiendo la frase que consideramos fundamental del libro, la más sorprendente, la más reveladora: “El no

habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos” (235-236).

Lo demás en *El general en su laberinto* es ya un epílogo, preponderantemente la descripción de una agonía física llevada a extremos infernales por los delirios varios del Libertador. Es el fin, sí, pero gracias a la estructura musical del *ritornello* quedan resonando los ejemplos de arrepentimiento del personaje que hemos citado como los puntales de una narración que los considera, dentro de su escasez, señales de la mayor lucidez que alcanzara Bolívar. Esta novela, surgida en un momento de desesperación individual de su autor por la coyuntura nacional, continental y mundial, es tanto el mensaje político que hemos querido evidenciar como uno que trasciende la esfera particular de lo político y llega incluso a trasuntos de hondura filosófica, en especial en cuanto a la ética, justo para volver a la política. Como muy bien lo señala Nicolás Pernet:

Para García Márquez nuestros errores históricos no han sido producto de la victoria de tal o cual partido, sino de la misma terquedad política que nos ha enfrentado inveteradamente y nos ha impedido construir un país cimentado en un sentimiento tan básico como la solidaridad. (2014, 64)

Dado que esta crucial desmarcación ideológica aún, por supuesto, o hace converger al general del texto. Al mismo tiempo converge el devenir histórico más concreto y decisivo de Colombia, haciendo un arco que comprende ambiciosamente a nuestra historia republicana y a todo el ámbito caribeño con símbolos poéticos tan depurados y paradigmáticos como los de toda su obra. Esto se aprecia en la literatura garciamarquiana con los personajes y las situaciones características en su progresiva representación del poder total— desde el pragmático alcalde de *La mala hora* (1966 [1961]), pasando por la decepción del coronel de *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), la apatía final de Aureliano Buendía, en *Cien años de soledad* (1966), y el cinismo amargo del dictador en *El otoño del patriarca* (1975). Con todos estos personajes, pero, sobre todo, con el coronel Aureliano Buendía, el Bolívar de *El general en su laberinto* tiene sugestivos rasgos comunes de personalidad que han sido advertidos pero no del todo estudiados, como si el famoso prócer o, en otro sentido, el origen y espíritu de nuestras repúblicas, fuera una causa final, el porqué de su obra entera hasta ese momento.

Por eso, y en esa misma línea, la conciencia a la que llega *El general en su laberinto* es una *summa*, una postrera y ya total descreencia en los programas ideológicos y una difícil pero cierta, visionaria esperanza en la humildad, en la simple fraternidad humana, en la quizás imposible reconciliación con el enemigo. Así se ve en el consejo del propio Bolívar jugando ajedrez con fray Sebastián de Sigüenza en la novela: “El que almuerza con la soberbia cena con la vergüenza” (García Márquez 1989, 202).

Desde luego es dable (y puede ser legítimo) interpretar de otras maneras un relato de apariencia llana como este y que así expresa su visión política de manera indirecta, solamente a partir de indicios. Es válido, en efecto, suponer que el libro es otra cosa que el supuesto llamado a una soñada reconciliación entre enemigos enconados que a lo largo y ancho del continente desde hace dos siglos apenas cambian de nombres y solo muy superficialmente varían su programa. Federalistas y centralistas, en Colombia, más tarde liberales y conservadores, o luego del Frente Nacional, revolucionarios y reaccionarios, con las naturales y paradójicas mixturas y acuerdos coyunturales que ha podido haber entre las partes. En todo estos casos, no pueden tan fácilmente acceder apenas si a un mal acuerdo, mucho menos a una súbita e ideal negociación total de intereses. Lo mismo se puede decir de las demás tradicionales confrontaciones partidistas del continente, que replican en líneas generales, con todas sus evoluciones y nudos gordianos, el mismo conflicto de intereses que encarnaran bolivarianos y santanderistas a mediados del siglo XIX. Mejor dicho, se puede entender a la perfección que, por más ambivalencias que existan en la representación de Bolívar en *El general en su laberinto*, la simpatía del narrador (y del autor) está con el bien llamado Libertador, y que, más que un llamado al acto de transigir, la novela sería, cuando menos, una sentida elegía a la utopía revolucionaria.

Ciertamente, no hay duda de cuál es la postura política del texto. Si algo merece nuestra admiración como lectores es ese retrato absoluto o bien, multifacético, del prócer que predicaba la unión de Latinoamérica. Sin embargo, hay que tener cuidado a la hora de identificar la admiración que provoca el relato por el personaje con la lectura o interpretación general que el relato nos ofrece de los hechos. En la perspectiva de *El general en su laberinto* sucede un tanto de lo que dijera Aureliano Buendía en *Cien años de soledad* cuando es testigo del fraude electoral en Macondo: “-Si hay que ser algo, sería liberal—dijo—, porque los conservadores son unos tramosos” (García Márquez 2001, 123). Luego de leer la novela sobre Bolívar, no es difícil saber con quién y contra quiénes se nos propone que luchemos en caso de que fuera inevitable la guerra. Lo que resulta inobjetable es la convicción, si se quiere amoral, la comprensión última no condenatoria ni facilista de que las guerras son otra forma de la vanidad y que, al final, será fundamental el transigir. Desde luego, la misma dificultad que entraña la asunción de esta crasa verdad se transparenta en el sube y baja del *ritornello* de la enfermedad en el texto. Bolívar sabe que tiene la razón, pero ya no da más: quiere rebelarse, quiere luchar, lo intenta, pero sus recuerdos y razonamientos solo lo llevan una y otra vez a la noción de

un límite cerrado, y de hecho el personaje nos llega a invitar a que antes que nada oigamos la voz de la experiencia.

Finalmente, la novela sí es una apología mesurada pero literal del ideal bolivariano, una apología singularmente astuta y crítica por ser irónica, como bien dice Wood acerca de la representación del sueño bolivariano de la integración latinoamericana en *El general en su laberinto*:

The novel proposes, however, in its careful, perhaps skeptical phrasing of the dream, that the failure was a more immediate and practical matter, and does not offer an opinion on the desirability of a united South America [...] a narrative that is both fictional and historical [...] is a near-perfect instrument of understanding, as long as we recognize that irony is part of its practical use, and not a mode of denial or obfuscation. (Wood 2016, 123-124)

Desde luego, el tropo del *ritornello* es solamente uno de los modos de la ironía en esta novela, si bien preponderante, pues magnifica la revelación de la derrota, todo lo que tiene por decir un pro-hombre desengañado pero que al mismo tiempo sabe bien de sus verdaderas calidades. El sentido ideológico de *El general en su laberinto*, un sentido, como hemos visto, abierto y bien polémico, no es entonces la simple desmitificación ni tampoco la exaltación del prócer, sea esta embelesada o compasiva. Tiene más bien el carácter irónico de ese mismo llamado urgente a la unidad continental que hacía Simón Bolívar, ya desde la derrota y no mediante las armas. En lo que fuera un momento histórico coyuntural, el doloroso eclipse personal de un héroe que nos describe el argumento, ese llamado de Bolívar se puede apreciar más vigente que nunca en la novela. Así desde la agonía del Libertador tal sueño se afina en la necesidad de un diálogo sincero y desinteresado de los americanos. A partir de las reflexiones sobre la vanidad del poder que motiva el ritmo del *ritornello*, se genera ese vaivén referencial (y podríamos decir que hasta anecdótico) entre la vida demandante y su realidad más inexorable y ecuménica: el cuerpo, la muerte.

Así, García Márquez hace una declaración política inaplazable y perdurable de la mejor manera que podía hacerla: mediante una creación literaria cuya soberanía estética permite entrar y salir del laberinto de los ideales, las insidias y las torpezas, sin transigir de modo alguno con lo que considera indigno, pero al mismo tiempo sin aferrarse ni reducirse a los juicios parciales y la actitud de condena, la inhumanidad corriente en la práctica política.

Obras citadas

- Apel, Willi. 1950. *Harvard Dictionary of Music*. Cambridge: Harvard University Press.
- García Márquez, Gabriel. 2001. *Cien años de soledad*. Bogotá: Norma.
- García Márquez, Gabriel. 1989. *El general en su laberinto*. Bogotá: Oveja Negra.
- De Gandía, Enrique. 2014. “El general en su laberinto.” En *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez, tomo II*, editado por Luis Fernando García Núñez, 291-310. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- El Tiempo*. 1989. “El libro.” *El Tiempo*, marzo 19, 1989.
- González Echeverría, Roberto. 2014. “García Márquez y la voz de Bolívar”. En *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez, tomo II*, editado por Luis Fernando García Núñez, 311-329. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- López Michelsen, Alfonso. 1989. “Me devoré tu último libro.” *El Tiempo*, febrero 19, 1989.
- Lukács, Georg. 1966. *La novela histórica*. México D. F.: Era.
- Martin, Gerald. 2009. *Gabriel García Márquez. Una vida*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Menton, Seymour. 1993. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Montoya, Pablo. 2009. *Novela histórica en Colombia 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Pernett, Nicolás. 2014. “García Márquez y la historia de Colombia.” *El Malpensante*, 152: 60-67.
- Rutherford-Jonhson, Tim, Michael Kennedy, Joyce B. Kennedy, eds. 2017. *The Oxford Dictionary of Music*. Oxford: Oxford University Press. <http://www.oxfordreference.com/view/10.1093/acref/9780199578108.001.0001/acref-9780199578108>.
- Vargas Llosa, Mario. 1993. *El pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral.
- Wood, Michael. 2016. “After the End. Bolívar in the Labyrinth of History.” En *Gabriel García Márquez in Retrospect. A Collection*, editado por Gene H. Bell-Villada, 117-127. New York: Lexington Books.